

## Huida

Al principio, todo era oscuridad. Una espesa niebla turbaba sus ideas y no le dejaba pensar. ¿Dónde se hallaba? Liam se llevó la mano a una superficial herida en el brazo de la que manaba un poco de sangre. Simplemente cerró sus ojos e intentó no pensar. Al cabo de unos segundos, comenzó de nuevo su camino. Sentía la necesidad de conocer que sería de su fortuna, pero se limitó a seguir adelante.

Tras andar por un lúgubre bosque a la luz de la luna, divisó una pequeña casita a lo lejos. Empezó a recorrer la distancia que lo separaba de ella tan rápido como su dolor se lo permitía. Cuando se encontraba a escasos metros de lo que consideraba su salvación, oyó un fuerte aleteo tras él, mas no se permitió girarse y satisfacer el instinto de enfrentarse a lo que más miedo profesaba. Continuó corriendo rápidamente. Ahora el dolor no pesaba tanto. Escasos segundos después, aporreó la puerta a modo de que entendieran su estado de desesperación. Silencio. El sonido del aleteo era cada vez más cercano. Consciente de que se le estaba agotando el tiempo, decidió abrir la puerta a la fuerza. No le fue difícil, ya que la estructura de su cierre era frágil. Al entrar, la cerró bruscamente y, durante un suspiro, reinó la oscuridad de nuevo. La quietud del momento envolvió su mente. Había estado tan cerca...

No era capaz de ver nada. La opacidad de la noche era más espesa que los tenues rayos de la luz de la luna, que entraban por una diminuta ventanita. Casi a tientas y confiando en la buena suerte que lo había conducido hasta allí, palpó los muebles de su alrededor. Después de minutos de expectación, encontró lo que parecían unas cerillas. Haciendo acopio de toda la serenidad de su cuerpo, procuró que sus dedos dejaran de temblar. Cogió una de las cerillas e intentó encenderla. Un intento malogrado le hizo impacientarse, mas en el segundo la fortuna le sonrió de nuevo. Durante un momento, la acogedora y antigua cabaña se vio iluminada. Los ojos de Liam, inquietos, miraron hacia todas partes. Tuvo que encender una tercera cerilla para cerciorarse de que todo estaba en orden. Sus dedos se toparon con algunas telarañas, pero eso no pareció apreciarlo. Estaba sumido en una especie de trance. Corrió hacia la única ventanita que había y la cerró. Al hacerlo, suspiró aliviado y se acurrucó junto a un sillón lleno de polvo. Decidió esperar allí hasta el amanecer.

Durante la noche, aunque sus párpados se cerraran de vez en cuando en contra de su voluntad, el desasosiego lo mantuvo en vela. Además, comenzó a recordar lo que lo

había llevado hasta aquella situación. De forma borrosa, se posó en su mente la imagen de su huida. En ella se había caído y golpeado algunas partes del cuerpo.

Antes de que se percatara, algunos rayos de sol se colaron por debajo de la puerta. El amanecer interrumpió sus cavilaciones. Era el momento de partir. No podía esconderse allí para siempre. Su barriga rugía ferozmente y deseaba beber agua, aunque solo fuese una gota. Pensó que, quizás, aquella figura de la que escapaba se hubiera distraído.

Abrió la puerta lentamente y salió de la cabaña que le había proporcionado refugio durante esa noche. Contempló el paisaje, observándolo todo de forma precavida. Sin embargo, el sonido de unas alas le hizo girar su cabeza. Allí estaba. El ser al que tanto temía se alzaba frente a él con gesto triunfante: un niño alado con cabellos de oro le apuntaba con la flecha que sería su perdición.